

# LA MADRE DE FAMILIA.

## REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez,

Granada.—Darro del  
Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas, en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos, prefiriéndose siempre, donde las haya, las letras del Giro mútuo.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

## Á NUESTROS SUSCRITORES.

Con el adjunto número, terminamos el año cuarto de nuestra Revista, habiendo cumplido exactamente cuanto ofrecimos en el prospecto.

Como toda obra empezada en nombre de la Santa Virgen, nuestra madre, y puesta bajo su protección, el éxito ha coronado nuestros deseos, y hoy, lo decimos con el alma satisfecha, pocos serán los pequeños pueblos ni las retiradas aldeas de España, donde *La Madre de Familia* no tenga un puesto en el hogar.

Con la conciencia pues tranquila, y teniendo en el co-



razon la profunda conviccion de que ninguno de nuestros escritos han encerrado una idea, una frase, una sílaba que no esté dictada por una intencion recta y una moral intachable, y que todos los padres pueden abrir ante la juventud y la niñez cualquiera de las páginas de nuestro periódico, sin temor de encontrar en ellas nada que pueda manchar con una leve sombra, la pureza de sus almas ó la inocencia de su pensamiento. Vamos pues, á empezar el año quinto, y confiando mas en Dios que en nuestras propias fuerzas cedemos al deseo manifestado por la mayor parte de nuestros suscritores, que anhelan recibir la Revista mas á menudo y con mucha mas lectura, y doblamos desde hoy nuestro trabajo, nos consagramos con mayor afan á *La Madre de Familia*, y sacrificándole todas nuestras horas, publicaremos ocho números mensuales en vez de los *cuatro* que hemos venido dando hasta aquí, pudiendo de este modo y con mayor extension, ocuparnos en materias de conocida utilidad, para la enseñanza y la familia.

Además de la continuacion de las novelas empezadas y de otras nuevas, á las que hemos procurado dar el mayor interés, alternaremos con la seccion doctrinal, otras de economía doméstica, de historia sagrada, de historia natural; todo tratado en forma sencilla y recreativa, añadiéndole tambien la explicacion de varias labores, y algunos conocimientos de interés y necesidad general.

Árdua es nuestra tarea, doble el trabajo que emprendemos; pero quedaremos satisfechos complaciendo á nuestros suscritores.

Apesar de las mejoras que ofrecemos, el precio del periódico será siempre tan módico como hasta aquí, pues cada cuatro números seguirán costando solo un real; ó lo que es lo mismo 2 reales los ocho que publicaremos cada mes.

Nosotros pues, hacemos por nuestra parte cuanto es posible para agradar á nuestros lectores, suplicando en cambio, á los que están atrasados en sus pagos, los hagan efectivos, facilitándonos de este modo los medios de seguir una marcha mas regular y mas exacta.



## ESTUDIOS MORALES.

En nuestro último artículo nos hemos ocupado de esa pasión abominable que anida en el corazón, para nublar la inteligencia, pervertir el arte, corromper las obras del genio, y depravar el alma que cae mortalmente herida á los golpes de esa degradación moral introducida por el sensualismo.

Hoy há llegado el turno á otra pasión ignominiosa y repugnante, que se ceba en el corazón, como el águila sobre su presa. Esa pasión es la Avaricia.

Ese vicio que no es otra cosa mas que un afán desordenado de poseer los bienes de la tierra, tiene su origen en la degradación del corazón que una vez separado de Dios, cae primeramente sobre sí mismo, y despues, continua su caída hasta confundirse con la materia, á la cual tributa un culto que le sumerge en la degradación moral mas espantosa! Porque, así como el amor eleva al hombre cuando ama un objeto digno y noble, así tambien le deshonra y envilece, cuando desciende hasta lo que es menos que él. Es condicion propia del amor, igualar y confundir en uno solo el ser amante y el objeto amado.

Pero, esa pasión culpable no solamente hiere al hombre, sino que tambien lastima de rechazo la verdadera grandeza en la familia.—El amor del oro, el afán por las riquezas, es el medio abominable que sirve de pretexto para realizar esa mentida union de dos corazones que no se aman ni podrá jamás llegar al afecto que precede á la union de los esposos; los ultrajes que de ahí habrán de surgir contra la moral y contra la sociedad, no es fácil enumerarlos; así se vicia por el amor del dinero, la constitucion de la familia; despues, entre los hermanos continua su papel desmoralizador la codicia, rompiendo entre ellos esa igualdad santa que mantiene en sus corazones vivo el amor fraterno; y por último, la codicia, conspira contra la tranquilidad de la familia, dividiéndola con la valla del egoismo y el interés.

Finalmente, el afán desordenado del oro, es un fuego devorador del orden social; porque al par que establece la tiranía y fomenta el desprecio en los grandes poseedores, aviva la envidia y suscita el odio por parte de los no favorecidos de la fortuna; y esta verdad que surge de la naturaleza de las cosas está confirmada por el mas

elocuente y aterrador de los hechos. Delante de nosotros está esa figura siniestra que se llama el Socialismo para decirnos adonde lleva esa pasión degradante y funesta que llamamos la avaricia.

E. A. V.

## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

El ángel malo, hijos míos, estaba á su lado y pronunciaba á su oído frases misteriosas que turbaban su conciencia y oscurecían su razón.

Aquel dinero era una tentación espantosa que Satanás habia puesto á su paso, para perder acaso su alma.

Martin con la cabeza oculta entre las manos dejó pasar mucho tiempo.

En su acalorada imaginación se veía rico, considerado, con criados, con gozes, y todo esto era tan fácil, con extender la mano, con tomar aquel oro.... aquel oro que nadie conocía, que nadie sabía que estaba allí! Ninguno, pues, podía acusarle, ninguno podía descubrir su crimen... Ay! hijos míos, Martin pensó mucho, luchó mucho... y al fin... al fin la idea de un robo se fijó en su mente, borrando de su corazón todo sentimiento noble y honrado.

Alzó la cabeza, miró en derredor, y comprendió que era muy tarde.

Su protector no le habia llamado por que sin duda le juzgaba entregado al estudio.

Pobre anciano! tan sencillo, tan bueno y tan confiado, ¿como habia de sospechar las ideas que se agitaban en la mente de su protegido?

Martin se levantó, su rostro estaba descompuesto, inspiraba miedo, subió cautelosamente la escalera y entró y quedó inmóvil en el cuarto del sacerdote.

Dirigió en torno una mirada codiciosa, anhelando encontrar aquel dinero.

Su intención era apoderarse de él y huir, huir muy lejos..... no habia pensado á donde, pero con dinero se puede llegar á cualquier parte.

Juzgaba que de este modo ningún daño le podría venir á su padre adoptivo, puesto que como nadie sabía que tenia en su poder aquel dinero, nadie vendría á reclamárselo ni á pedirle cuenta de él tampoco.



El anciano dormía tan profundamente que no sintió sus pisadas.

Martin, pues, pudo registrar impunemente la mesa, el escritorio, el pequeño cofre del sacerdote; pero el dinero no estaba en ninguna parte, ¡no parecía!

El joven, ceñudo y con el rostro reflejando el ajitado mar de pasiones que se revolvían en su alma, permaneció inmóvil en medio del aposento sin saber que pensar ni que hacer.

Otro quizá, al ver la paz y la santidad que se reflejaba en el semblante lleno de calma y majestad de aquel anciano dormido, hubiera experimentado un cambio en sus sentimientos, hubiera retrocedido con respeto, espantado del crimen que iba á cometer.

Pero Martin estaba tan enloquecido con la idea de aquel oro: el demonio de la avaricia le cegaba de tal modo, que no se acordaba mas que de buscarle; y no sentía otra cosa que la ira de no saber donde estaba.

En medio de su perplejidad y de su afán sintió que el sacerdote se movía entre sueños, y por una fatal casualidad un sonido leve, pero metálico y argentino se dejó oír en el mismo lecho.

Entonces lo comprendió todo, y una sonrisa siniestra vagó en sus labios.

Su bienhechor, por un exceso de precaución, había puesto el dinero bajo su almohada, custodiándole con su mismo cuerpo.

El ruido producido por el oro aturdió mas aun al desventurado joven; le hizo sentir una especie de vértigo, y se aproximó resueltamente á aquel lecho, decidido á todo... á todo por adquirirle.

Estendió las manos, primero con miedo, despues con violencia, hasta que tocó el objeto anhelado.

El sacerdot despertó, pero Martin apagó la luz rápidamente para no ser reconocido. El anciano quiso incorporarse, quiso gritar, pero el joven se acercó con violencia y le tapó la boca con una mano, mientras que con la otra buscaba en las sombras el saco del oro y tiraba hácia sí de él.

El sacerdote forzó un momento para librarse de aquella presión que ahogaba su voz y lastimaba su garganta, ya iba á conseguirlo, pero Martin dobló sus esfuerzos: era joven, era robusto y su víctima anciano y débil.

Oh! hijos míos: ¿qué pasó en aquel momento en el alma de Martin? ¿qué oscuridad tan profunda la ensombreció, manchandola para siempre? ¿que locura, que delirio tan funesto se apoderó de su razón convirtiéndole en un demente? Yo no lo sé, no puedo explicarlo! Solo el genio del mal podría dar cuenta de ello, pues el ángel de su guarda se cubrió los ojos con sus alas y huyó de aquel sitio vencido por satanás.

Algunos momentos despues, Martin con el cabello erizado, las ropas en desorden, y la mirada sombría y

recelosa salía de la casa, llevando un bulto cubierto con su capa y oprimido contra su corazón. Era aquel dinero fatal causa de su ingratitud y de su crimen.

El joven abandonó la ciudad, y saliendo al campo tomó el camino de Madrid, por el cual emprendió una marcha acelerada y rápida.

Toda la noche andó sin descanso ni calma, envuelto entre las tinieblas que cercaban la tierra por doquier.

El cielo, como espantado de aquel delito cometido en la persona de un ministro de Dios, empezó á cubrirse de sombras y á dejar caer sobre el suelo anchas y pesadas gotas de lluvia, mientras el uracán remedaba tristes lamentos, repetidos por intervalos de montaña en montaña.

En medio del desorden de la naturaleza y en medio del desorden de su espíritu, corrió de un lado para otro, equivocó las sendas y anduvo perdido por los campos, creyendo ver por doquiera un fantasma que le perseguía, pero no por eso dejaba de oprimir el saco que llevaba sobre su pecho.

Ya empezaba á amanecer cuando entre el crepúsculo vespertino distinguió á lo lejos algunas casas que los accidentes del terreno apenas le permitían ver.

—¿Qué pueblo será aquel, se preguntó? no sé, pero de todos modos entraré en él: el frío y la lluvia han calado mis vestidos y entumecido mi cuerpo: esta veloz carrera me ha fatigado horriblemente: necesito descansar, necesito tomar alimento, aquí estaré seguro por que nadie sabrá... Martin sintió un espanto horroroso á este pensamiento. Sus dientes chocaron unos con otros, su semblante lívido se enrojeció, El desgraciado tenía fiebre, una fiebre terrible producida por el miedo, por el cansancio, por la agitación de aquella noche siniestra, pasada corriendo los campos y resistiendo la tempestad.

Con un esfuerzo supremo siguió adelante y llegó á los dinteles de las casas que había visto.

—¿Que pueblo es este? preguntó al primero que halló á su paso.

—Salamanca, le contestó aquel hombre mirándole fijamente, al notar el extravío de sus miradas.

—Salamanca! exclamó el culpable joven, Salamanca! imposible! El no podía comprender que la oscuridad y el aturdimiento le hubieran hecho perder el camino y volver atrás.

Su interlocutor le miró con mas fijeza, por que su aspecto era espantoso.

—Este muchacho está malo... ó está loco; dijo para sí, y es preciso socorrerlo: y volviéndose hácia él, detente exclamó, tú....

No pudo acabar.

El criminal al escuchar aquella palabra, al oír que le decían detente hechó á correr como un insensato. Su conciencia le perdía, por que creyó sin duda que su



delito estaba descubierto y que iban á sujetarle en nombre de la justicia.

El hombre que le habia hablado se quedó atonito y le llamó repetidas veces, pero esto mismo aceleraba la carrera de Martin que cruzaba calles y calles siempre huyendo y cada vez mas aterrado.

Era temprano; todas las casas estaban cerradas y y el desgraciado no hallaba un asilo ¡bien es verdad que en ninguna hubiera él entrado!

Al fin, despues de unaca rrera desatinada, y ya en el centro de la ciudad, vió una gran puerta de par en par era un templo, era la morada del Señor abierta siempre á todo el mundo.

Martin entró en ella!

Miró en torno con afán, y al notar la soledad que reinaba allí, pareció respirar con mas libertad y se dejó caer en un rincon de la mas oculta capilla.

El silencio de aquel lugar, la media luz que le envolvía, el cansancio que le dominaba, todo produjo en él una especie de letargo, que entorpeció sus sentidos sumergiéndole en un sopor muy parecido al sueño, pero que carecia de la dulce paz que preside á este.

La calentura que le abrasaba, hacia mas pesado aquel amoderramiento, en que el espíritu causado, cedia á tantas emociones y tanto afán.

Pasó macho tiempo: Martin acurrucado en aquel oculto rincon no pudo contar las horas. No habia dormido en toda la noche, y su sueño fué pesado y largo, pero aquel sueño estaba poblado de visiones y sombras, por que en él se representaban á su mente los horribles sucesos acaecidos en la noche pasada. En él veia á su protector pálido y helado alzarse de su tumba y pedirle cuenta de su culpa.

De pronto un rumor triste y extraño llegó á su oido, primero vago y confuso, despues mas claro, mas perceptible, mas imponente.

Era una especie de salmodia triste y lugubre: ero el adios con que la iglesia saluda á sus hijos al borde de la tumba.

El infeliz se estremeció.

Abrió los ojos y los volvió á cerrar rápidamente.

Por que en medio de la iglesia, tendido en un pobre atahud, alumbrado por amarillos cirios, y cercado de paños negros habia un hombre, y aquel hombre era su propia victima!

El aterrado jóven se cubrió el rostro con las manos para no ver: se tapó los oidos para no oir, pero los ecos del canto *De profundis* penetraba en su cerebro golpeándole como un martillo de hierro, y el resplandor de aquellos blandones cegaba sus miradas, y cenendia la oscuridad.

Martin creia volverse loco.

Y hubo un momento en que la sangre se paró en sus venas, y sus sienas latieron, y su cuerpo fué presa de

una convulsion espantosa: por que el canto cesó, un rumor sordo se oyó en el ambito de la iglesia, y al abrir los ojos, distinguió clara y distintamente que el cadáver se agitaba, que se movia, que se incorporaba en su caja mortuoria, y que dirigia en torno su vista como buscando algo... quiza... quiza á él mismo para acusarle como su asesino!

El infeliz no pudo resistir mas.

Se levantó, quiso correr, quiso huir pero las fuerzas le faltaron y fué á caer de rodillas en medio de la iglesia gritando con angustiada voz:

—Perdon! perdon! yo he sido tu asesino, yo te maté por robarte ese oro... pero me arrepiento, me arrepiento... ahí está, ahí está, ya no lo quiero! quema mis manos y abraza mi corazon!

Martin perdió el conocimiento y rodó por tierra sin sentido.

Cuando volvió en sí, se halló sujeto en un duro lecho y cercado por los agentes de la justicia. Mas ¡ay! los hombres no pudieron castigar su delito porque le habia castigado Dios. ¡Estaba loco!

—Pero abuelita, exclamó Julieta, que con expresion alterada habia escuchado este relato, y que miraba á la anciana con el precioso semblante pálido y espantado, pero abuelita, ¿como pasó todo eso! Era efectivamente el sacerdote, el muerto que Martin vió? se levantó de veras de su caja?

—Sí, hija mía.

—Jesús! pero como?

—La providencia que no deja oculto ningun crimen, se valió de medios ignorados pero sencillos para que se descubriese aquél.

—Pero dí....

—En las primeras horas de aquella mañana, notaron los vecinos del sacerdote que la puerta de la casa estaba abierta. Martin en su turbacion la habia dejado de aquel modo, dieron parte á la autoridad, subieron, y encontraron al anciano tendido en su lecho y cadáver al parecer: hicieron algunas diligencias infructuosas, por que, como no tenia familia, nadie procuró esclarecer aquel crimen.

Como carecia de parientes que le velasen, y de una morada amiga donde dormir las primeras horas de su postrer sueño, fué llevado á la casa de Dios, siempre dispuesta para recibir á sus hijos. Martin guiado por una fuerza superior, trastornado y delirante como ya os he dicho, llegó hasta allí huyendo, y allí le encontró por una disposicion admirable de la providencia.

—Bien, todo eso lo comprendo: exclamó la niña con ligera impaciencia, pero levantarse de la caja.

—El anciano no estaba muerto, si no trastornado por un principio de asficia; Martin no acabó su infame obra, y el aire libre, el movimiento... ¡quien sabe las causas ocultas que hubo para ello! quien sabe por que Dios permitió que volviese en sí en aquel momento! pero



ello es que así fué, y que ya os he dicho los resultados.  
—Pero vivió luego? preguntó Adolfo que no quería quedar con ninguna duda.

—Muy pocos dias, hijo mio, respondió la Marquesa con bondad, era tan anciano que no pudo resistir ni el mal, ni la impresion dolorosa que aquel hecho produjo en su alma.

—Pero ¡que horror Dios mio, ver levantarse á un cadáver! que espanto debió sentir!

—Tanto, que fué bastante á privarle de la razon. Ya habeis visto; pues, que los crímenes mas difíciles de averiguar, se descubren por sí mismos, y que el que comete un asesinato lleva en la conciencia su verdugo y su juez. Aprended en esto, amigos míos, aprended á respetar la voluntad de Dios, y guardaos de tres cosas, que son, por lo general, la causa del homicidio. El abuso de los licores, el afán del dinero y la violencia del carácter. Amad, hijos míos, amad á vuestros prójimos como á vosotros mismos, huid de la ambicion y del vicio, y sin ambicion ni odio ni embriaguez, estareis muy lejos de quebrantar el quinto de los mandamientos.

(Continuad.)

Enriqueta Losano de Vilchez.

## UNA MADRE.

—Dí madre, ¿quién es María?

—Es la Madre inmaculada  
De Jesús; la flor mas bella  
De cuantas el cielo guarda;  
Es la mujer mas hermosa,  
La criatura mas santa,  
y la Madre mas amante  
que en cielos y tierra se halla.

—¡Qué gozo me da el oírte!  
¡Como hablando te entusiasmas;

—Es que para honrarla á ella  
Son pocas las alabanzas.

—Dime: ¿y es tan poderosa?

—Tanto como buena y santa.

—¿Tanto como Dios?

—Lo mismo.

—¡Todo á su poder se allana!

—¿Será Dios tambien?

—No, hijo,

Pero es su Madre adorada.

—¿Y cómo no siendo Dios

El poder de Dios alcanza?..

No comprendo, Madre mia...

Tú estás impedida, no andas

Y no podrias hacer

Lo que otra persona sana.

—¡Hijo mio!... dame un beso;  
tu observacion me hace gracia.

—Tómale, madre querida.

—¿Ves aquella flor tan blanca?

—Sí.

—Pues ella exactamente

En su blancura retrata

La inocencia de los niños

Que á Dios y á la Virgen aman.

—¿Te gustan mucho las flores?

—Mucho, que en ellas el alma

Descubre el hermoso emblema

De las virtudes mas santas.

—Pronto esa flor en tus manos

Lucirá sus bellas galas.

—¿Qué vas á hacer?

—Á traerla.

—¡Si yo pudiera cortarla!...

—No importa que tú no puedas,

Lo puedo yo y esto basta.

Toma; ya es tuya.

—¡Hijo mio!

¿Ves ya la flor á mis plantas?

Pues así obedece todo

De María á una mirada.

Ella quiere y Dios ordena;

Ella desea y Dios manda.

¿Comprendes ya su poder?

—Sí, Madre querida, gracias.

¿Qué ha de negarle á una Madre

El Hijo de sus entrañas?

T. Rodriguez de la Torre.

Madrid 28 de Abril, 1976.



# ÍNDICE GENERAL,

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.



## ARTÍCULOS

Santiago, patron de España. pagina 65.  
 Los hombres no son tan malos. pag. 132.  
 La Indiferencia. pag. 150, 153.  
 La dicha está en la virtud. pag. 161.  
 Las Pasiones ante la Fé, pags. 169, 233, 241.  
 La Esperanza. pag. 183.  
 La Mision de la mujer. pag. 204.  
 La Caridad. pag. 250.  
 La Veleta. pag. 260.  
 Ayer y Hoy. pag. 289.  
 Semana Santa en Jerusalem. pag. 298.  
 Las Mujeres y las joyas. pag. 321, 329.  
 Estudios morales. pag. 379.

## NOVELAS

Calvario y redencion. pags. 30, 38, 46, 52, 62  
 85, 101, 115, 125, 139, 156, 172, 197 219, 226,  
 244, 252, 261, 277 302, 325, 349.  
 El dia de S. Silvestre. pags. 37, 43.  
 El Arte de hacer fortuna. pags. 49, 57.  
 La Hora suprema. pag. 54.  
 La Flor del cielo. pags. 58, 67, 76, 93, 118,  
 142, 158, 174, 205, 213, 222, 230.  
 Historia de un Pino, pags. 165, 180.  
 Socorred á los niños. pag. 185.  
 El Libro de Misa. pgs. 235, 243.  
 El Lujo y la Vanidad. pags. 3, 12, 20, 28.  
 Eva. pags. 9, 17, 20, 25, 33, 41.  
 El Vestido. pag. 108.  
 La Ciencia mas cierta. pags. 74, 81, 97, 105,  
 113, 122, 129, 137, 145.  
 Los dos Viajeros. pags. 177, 193, 201, 209,  
 217, 225.  
 El Camino de la dicha. pags. 257, 265, 273,  
 281, 310.  
 Lea ó la Cruz triunfante. pag. 270, 285, 323,  
 332, 337, 345, 353, 361, 369.  
 Sarai. pags 305, 314.  
 Seraphia. pag. 318.  
 La Estrella de los Mares. pag. 365.

## POESÍAS

Dedicatoria. pagina 3.  
 La Niña moribúnda. pag. 6.  
 El Corazon de Jesús. pag. 8.  
 Soledad. pag. 8.  
 Los Desposorios de María. pag. 11.  
 La Muerte de un Ángel. pag. 20.  
 Á el Dulce nombre de María. pag. 23.  
 Himno á la Virgen. pag. 27.  
 El toque de Oracion. pag. 35.  
 El Sagrado corazon de Jesús. pag. 43.  
 Á la señorita D.<sup>a</sup> Dolores Fernandez de Córdo-  
 ba. pag. 53.  
 Á la Inmaculada Concepcion de María. pag. 61.  
 Tres Diamantes de tu Corona. pag. 63.  
 Felicitacion. pag. 69.  
 Á Esperanza. pag. 75.  
 Nacimiento y muerte de un Ángel. pag. 78.  
 A la niña María del Cármen Ramos. pag. 85.  
 ¡Dios! pag. 87.  
 Al apóstol Santiago. pag. 91.  
 A la Niña Magdalena. pag. 100.  
 Al Santísimo Sacramento. pag. 101.  
 A Granada. pag. 107.  
 Las Alas del alma. pag. 111.  
 A María. pag. 123.  
 Dios. pag. 131.  
 El Toque de Ánimas. pag. 135.  
 El Cautivo de Argel. pag. 141.  
 Las Alas del Génio. pags. 148, 163.  
 Dolora. pag. 155.  
 Todo pasa. A Reyes. pag. 159.  
 Dos almas. pag. 170.  
 A la Virgen. pag. 175.  
 La dicha que el hombre anhela. pag. 180.  
 Quien es Ella. pag. 184.  
 Una Lágrima. pag. 190.  
 La Caridad. pag. 197.  
 A la Srta. D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> V. L. pag. 192.  
 En la Muerte de un Niño. pag. 199.  
 El Amor de mi Alma. pag. 203.  
 El Último Beso. pag. 212.



Un Recuerdo á mis Padres. pag. 215.  
 Jesús Perdido. pag. 221.  
 Al Acostarse. pag. 229.  
 La Abuela. pag. 234.  
 El Remordimiento. pag. 239.  
 Una Madre. pag. 382.  
 El Alma penetrada de amor de Dios. pag. 242.  
 A la Caridad. pag. 246.  
 El Sol. pag. 251.  
 A Roma. pag. 260.  
 La Nave Bendita pag. 267.  
 A la Virgen de Lantada. pag. 274.  
 Las Ermitas de Córdoba. pag. 284.  
 Stabat Mater. pag. 292.  
 Al pié de la Cruz. pag. 293.  
 A la Virgen de los Dolores. pag. 295.  
 A la Virgen del Calvario. pag. 300.  
 La Muerte de Jesús. pag. 308.  
 A un Ruiseñor. pag. 323.  
 Un Recuerdo de Candor. pag. 331.  
 Balada. pag. 335.  
 A el Amor de mi alma. pag. 342.  
 A Granada. pag. 343.

El Dolor Filial. pag. 349.  
 A mi querida Madre. pag. 367.  
 El Mes de María. pag. 373.

## VARIEDADES

Biblioteca de La Madre de Familia. pag. 40.  
 Sección doctrinal— La Senda del cielo. pag. 7,  
 15, 23, 31, 39, 47, 56, 63, 69, 72, 79, 88, 96,  
 104, 112, 120, 127, 136 144 152 160, 168, 176,  
 190, 200, 207, 216, 224, 232, 240, 248, 256 264,  
 272, 280, 288, 296, 312, 328, 336, 344, 360,  
 368, 369.  
 El Padre Nuestro. pag. 253.  
 Vida ejemplar de Leon XIII. pag. 255.  
 Efemérides de la vida de Leon XIII. pag. 275.  
 El Criterio. pag. 301.  
 El rico y el pobre. pag. 342.  
 María Santísima entre los Idólatras 343.  
 Los enemigos de la Virgen. pag. 358.  
 Humilde infancia de Pío V. pag. 359.  
 La Voz de la Iglesia. pag. 375.

## NOVELAS

Calvario y redención. pag. 30, 38, 48, 52, 62,  
 82, 101, 112, 120, 126, 132, 137 218, 226,  
 244, 252, 261, 277 302, 325, 349.  
 El día de S. Silvestre. pag. 37, 43.  
 El Arte de hacer fortuna. pag. 49, 57.  
 La Hora suprema. pag. 54.  
 La Flor del cielo. pag. 58, 67, 76, 83, 118,  
 142, 158, 174, 205, 218, 228, 230.  
 Historia de un Pino. pag. 165 180.  
 Recuerdo á los niños. pag. 185.  
 El Libro de Misa. pag. 235, 242.  
 El Luto y la Verdad. pag. 2, 12, 20, 28,  
 34, 36, 38, 41.  
 Eva. pag. 9, 17, 20, 25, 33, 41.  
 El Vestido. pag. 103.  
 La Olanza más oculta. pag. 74, 81, 97, 105,  
 116, 122, 130, 137, 145.  
 Los dos Viajeros. pag. 157, 163, 201, 209,  
 217, 225.  
 El Camión de la dicha. pag. 257, 265, 273,  
 281, 310.  
 Los dos Cris. pag. 270, 285, 295.  
 El Luto. pag. 305, 314.  
 El Luto. pag. 318.  
 La Batalla de los Mares. pag. 385.